

FÉLIX G. MODROÑO

*La fuente
de los
siete valles*



Pablo Santos regresa a su Logroño natal tras casi dos décadas al servicio del Archivo Secreto del Vaticano, con la misión de recuperar los libros desaparecidos del monasterio de San Millán de la Cogolla. Pronto descubrirá que uno de los ejemplares perdidos de la vieja botica benedictina guarda un importante secreto alquímico. Su búsqueda le llevará a enfrentarse no solo a su pasado, encarnado en Lucía Garay —su amor de juventud—, sino también a un inquietante futuro.

Con esta novela el autor vuelve a recrear con singular maestría la vida cotidiana de las ciudades decimonónicas, confirmando que es uno de los escritores más brillantes a la hora de construir tramas emocionales enmarcadas en cuidadas ambientaciones históricas.

La fuente de los siete valles, además de una bella historia narrada con la prosa elegante y evocadora de Modroño, es un homenaje a los libros, al mundo del vino y —muy especialmente— al monasterio de San Millán de la Cogolla, cuna del castellano y del euskera.

LA FUENTE DE LOS SIETE VALLES

Felix G. Mogroño

*A mis profesores de la infancia,
que me enseñaron a amar las letras.*

*«Vino, enséñame el arte de ver mi propia historia
como si esta ya fuera ceniza en la memoria».*

Jorge Luis Borges

1

Hubo un tiempo en que me preocupaba la muerte, mi propia muerte. Era una sensación que planeaba silenciosa sobre mí y que me azotaba las entrañas cada vez que las campanas doblaban por un fallecimiento o que un cortejo fúnebre se cruzaba en mi camino, como el que aquella mañana de junio desfilaba con una solemnidad fuera de lo habitual por las calles de Logroño.

Hacía demasiados años que no regresaba a mi ciudad natal, con la que apenas me quedaban otros vínculos afectivos que los recuerdos, no siempre gratos, de una niñez que transcurrió en una mísera casa junto al Ebro chiquito hasta que mis padres murieron al poco de comenzar mis estudios en el Seminario Conciliar. Entré interno sin más aspiración que la de matar el hambre, ejerciendo labores domésticas a cambio de mi formación. Más gracias a mi talento innato que a mis esfuerzos, demostré enseguida mi rapidez en el aprendizaje y me fue concedida una beca financiada por un benefactor anónimo, que me liberó de la necesidad de lavar ropas ajenas en el brazo manso del río, oficio que parecía heredado de mi madre. Creo que ya no me quedan marcas en las manos de los sabañones provocados por las aguas invernales, aunque las que sí permanecen indelebles son las tatuadas por el frío de la ausencia del cariño materno.

Algunos de mis compañeros de aulas de antaño acompañaban el ataúd en el que reposaban los restos de doña Jacinta Martínez de Sicilia y Santa Cruz, la esposa del gene-

ral Espartero del que ahora apenas quedaba su sombra resquebrajada apoyada en el brazo de su fiel ayudante de campo Luciano Murrieta, a quien yo entonces todavía no conocía. A pesar de ser casi dos décadas más joven que su marido, un derrame cerebral acababa con su vida de forma inesperada, tras dos días de agonía.

Desde mi discreta atalaya, junto a una de las últimas columnas de los soportales de la calle del Mercado, ya cerca del palacio de los Chapiteles, trataba de distinguir caras conocidas entre la aglomeración que procedía de la colegiata de Santa María de La Redonda para enfilear la calle Villanueva en dirección al cementerio, al otro lado del río. Dado que el puente de piedra, el único que atravesaba el Ebro, aún no estaba reparado después de su derrumbe en 1871, siete años atrás, no dudaba de que los barqueros ese día tendrían trabajo extra.

Y sí, entre el numeroso público congregado para honrar la memoria de la compañera del viejo general, reconocí en sus ademanes a algunos de mis antiguos vecinos. Al fin y al cabo, por muchas murallas que hubiesen caído en mi ausencia y de que la llegada del ferrocarril buscase la modernización de la ciudad, esta no dejaba de albergar más allá de catorce mil habitantes que incluso carecían de catedral propia, ya que Logroño pertenecía a la diócesis de Calahorra y la Calzada, cuyo obispo, el mismo que encabezaba el cortejo fúnebre, se había convertido en el responsable de mi regreso.

No sabría definir las sensaciones que me embargaban al ir descubriendo los rostros de mi viejo rector, de mi director espiritual o del guardián de la biblioteca del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza a la que me permitían acudir para dar rienda suelta a mi pasión por los libros, a pesar de la rivalidad existente entre los dos centros. De algún modo, los alumnos del instituto se sentían superiores frente a los del Seminario Conciliar ya que disponían de métodos más modernos de aprendizaje y se adentraban en materias ve-

tadas para nosotros. Puesto que me orientaron por la carrera eclesiástica, sin darme opción de elegir, mis asignaturas versaron en torno a la Teología durante el septenio que permanecí en el seminario, si bien las compaginé con el aprendizaje de Humanidades y Latín, lengua que pronto dejó de tener secretos para mí.

La vida dentro del seminario estaba marcada por el silencio; en los actos religiosos, en la sala de estudios, en los pasillos, en el refectorio... Y lo que al principio parecía una regla de rigor y austeridad, enseguida se erigiría para mí en un estilo de vida. Es como si el silencio se hubiera convertido en mi hogar. Mis oídos se han acostumbrado a la nada y mis pensamientos a la abstracción. Puedo estar horas frente al fuego de una chimenea o paseando por un bosque sin que mi meditación me lleve más allá de una página en blanco; de que a pesar de los miles de libros leídos mi mente parezca vacía, desprovista de conocimiento. O quizás es eso lo que provoca el saber, claudicar ante los silencios y abandonarse a ellos.

Sonreí al ver acercarse a David Morales del brazo de una mujer de elegantes modales. Y quise creer que el destino había sido condescendiente con aquel muchacho, bruto y bonachón, que formaba conmigo una de las parejas más temibles cuando jugábamos a pelota mano en la muralla cerca del cubo de Revellín o junto al baluarte del paseo del Espolón, donde gozábamos de un público al que le debía de resultar pintoresco que dos jóvenes con sotana y balandrán se movieran con la soltura con que nosotros lo hacíamos, sin ni siquiera quitarnos el sombrero de teja ya que lo teníamos prohibido. Puesto que únicamente se nos permitía salir del Seminario Conciliar los días de *primera clase*, estos se convertían en pequeños acontecimientos no solo para los internos sino también para todos aquellos que nos veían disputar los desafíos, máxime cuando nos cuidábamos de expresar nuestra satisfacción al ganar, dado que se nos vedaba cualquier manifestación excesiva de alegría.

Los que no la disimulaban eran los apostadores, cada vez más numerosos.

No quise esconderme a la mirada atónita de David. Creo que la duda apenas le duró unos instantes porque le cambió el semblante al fijarse en mí, después de parpadear de manera cómica, mientras se acercaba a grandes zancadas, casi arrastrando a su mujer.

—¿Pablo? ¿Pablo Santos? —me preguntó, fundiéndose en un abrazo, sin que me diera tiempo a responder—. ¡Joder, tigre, no has cambiado ni una miaja! —Se apartó unos segundos para volver a mirarme y apretujarme de nuevo—. ¡Pablo Santos en persona!

—Ni que hubieras visto un fantasma, ababol florido —le dije, en tono cariñoso.

—¡Joder, tigre! —insistió.

—Si sigues diciendo palabrotas voy a tener que confesarte aquí mismo.

—Ya se lo digo yo siempre. Es un malhablado —intervino la mujer que le acompañaba.

—¡Al carajo! No querrás que le trate como si nos hubiéramos visto ayer —le respondió antes de dirigirse a mí—. Y tú no pretenderás que te llame *pater* por muchos hábitos que sigas vistiendo. ¿Cuántos años han pasado desde que te fuiste? ¿Quince, dieciséis?

—Diecisiete —le corregí, con una sonrisa relajada.

—¡Diecisiete jodidos años sin volver a Logroño! ¡La de vinos que te has perdido!

—Baja la voz, David —le regañó su mujer—. Estamos en un funeral.

—Tienes razón. Disculpad. Y no os he presentado. Aunque a lo mejor te acuerdas de ella —me dijo—. Antonia Villa, venía a vernos jugar a pelota.

—Encantada —respondió la mujer, haciéndome el ademán de besarme la mano—. Puede llamarme Toñi.

—Un placer. Ya lamento que al final tuvieras que cargar con esta pieza —bromeé.

—No es malo del todo —contestó ella, risueña.

—Soy un pedazo de pan —terció David—. Mejor que el que hago a diario —rio.

—¿Heredaste la panadería de tu padre?

—Así es. Y no me puedo quejar. Tenemos dos hijos varones en el instituto. No quise que pasaran por el Seminario Conciliar, igual que nosotros. Juegan a pelota mejor que estudian y mucho me temo que terminarán siendo panaderos... o taberneros. No como tú, que tengo entendido que eres una eminencia. Si ya decía yo que de cabeza no andabas mal.

—Sin exagerar...

—No exagero. Y lo sabes bien. ¡Cagüensós! La de libros que devorabas con la misma rapidez que le pegabas a la pelota. Tú eras la agilidad y yo la fuerza. Sí que ganamos porrones de vino. Todavía se te nota la cicatriz en el labio de aquella hostia que te diste con un rebote, pero aun así seguiste jugando y ganamos.

—Bonito recuerdo de mi cabezonería —reí.

—¿Cuántos años tenías cuando te fuiste?

—Casi veinte.

—Logroño se te quedaba demasiado pequeño. Me llegaron noticias de que te ordenaste en Roma.

—Así es. Y allí he permanecido la mayor parte del tiempo desde entonces —respondí, sin querer entrar en detalles sobre mis cometidos.

—¿Vas a quedarte muchos días por aquí? Tenemos cosas que contarnos.

—Él más que tú, seguro. Aunque me da que es poco parlanchín —le comenté su mujer.

—De momento, un par de días. Me hospedo en la posada de la calle San Juan. No he querido alojarme en el Seminario Conciliar por evitar notoriedad.

—Puede quedarse en casa, padre. Es humilde, si bien se encontrará a gusto —me dijo ella.

—Os lo agradezco. Pero no soy de molestar a nadie —contesté, tratando de no ser descortés ya que en realidad prefería la intimidad de la posada.

—No has elegido mal sitio. Aunque la dueña sea un poco chismosa, es buena mujer. Es una calle tranquila, con una sola caballeriza, a pesar de que empiezan a proliferar las tabernas.

—Las tabernas no son sitios para curas. Prefiero los cafés —comenté, burlón.

—Las tabernas son unos santuarios del demonio. Y tienes que beber los vinos que se hacen ahora. Nada que ver con los que se elaboraban cuando te fuiste. Si buscas cafés lujosos en Logroño vas jodido.

—Voy a terminar por confesarte —reí de nuevo.

—No sé qué voy a hacer con él —suspiró Toñi, avergonzada.

—Dejaos de pamplinas. Oye, nuestra panadería está en la calle Laurel, muy cerca de donde te hospedas. Si tienes un rato, yo mismo te llevaré a beber buen vino, y no como ese que nos daban entonces en los porrones.

—Tú, aparte del vino y la gloria jugando a pelota, te llevaste a una preciosa mujer que ya tiene el cielo ganado contigo.

—¡Qué cosas dice, padre! —agradeció ella.

—Y tú porque no quisiste. ¿Te acuerdas de aquella muchacha que...?

—No digas bobadas —le interrumpí.

Creo que David se dio cuenta de que se me había añublado el semblante porque no insistió. ¿Cómo no iba a acordarme de Lucía? ¡Si además la estaba viendo pasar del brazo del que supuse su marido!

—Bueno. Será mejor que prosigamos. No creo que lleguemos hasta el cementerio, pero al menos nos quedaremos en el río —se despidió David, bajando ahora sensiblemente la voz—. Celebro que estés por aquí, Pablo.

—Ha sido un placer —dijo Toñi.

—Lo mismo digo —susurré, ya con la mirada puesta en Lucía.

Reconozco que me puse nervioso. Por un momento dudé entre esconderme o dejarme ver. Quizás después de tantos años ella ni siquiera me reconociese. Y si lo hacía, ¿qué podía ocurrir? Caminaba del brazo de un señor con la edad de su padre. Uno de esos liberales estirados que la paseaba igual que si fuese un trofeo de caza adornando las vitrinas de su engreimiento.

Ella conservaba la misma belleza serena de siempre. Su tez blanca relucía aún más entre las telas negras de su vestido enlutado. Y caminaba con esa elegancia suya distraída que me había subyugado desde la primera vez que reparé en ella, paseando por el paseo del Espolón rebautizado como Príncipe de Vergara, uno de los títulos ostentados por el político más relevante en la reciente historia de España, que caminaba a duras penas junto al féretro de su esposa, incapaz de retener las lágrimas.

La observé amparado en la distancia, sin que ella desviara la vista del suelo. Sin embargo, al llegar a mi altura algo le hizo alzar la mirada hacia mí. Lucía no aparentó sorpresa. O tal vez, su proverbial naturalidad le ayudó a disimularla. Me sonrió unos segundos con dulzura y volvió adoptar el gesto adusto que requería la ocasión.

Desconcertado, no supe corresponderle. No estaba seguro de que ella me hubiese reconocido. Lo que sí sabía con certeza es que yo nunca había dejado de estar enamorado de ella, aunque durante años se lo hubiese negado a Dios.

2

Cuando salí de Logroño tras concluir mis estudios de Teología en el Seminario Conciliar pensé que no regresaría jamás. Al echar la vista atrás aquel verano de 1861 solo pude ver una pequeña ciudad con ínfulas señoriales merced a la muralla que abrazaba un recinto con demasiadas reminiscencias mortales.

Ya desde el otro lado del Ebro, las nubes de ese día plomizo dibujaban los rostros en mi memoria de todas aquellas personas queridas a las que vi morir. Mis dos hermanas pequeñas no pudieron superar unas infecciones intestinales en sus primeros años de vida; a mi vecino Aníbal, que estudiaba en la Normal y fue quien me enseñó a leer y a escribir, le atropelló un carruaje que conducía un cochero borracho frente a la iglesia de Santiago, de camino a mi casa en el callejón de Zurrerías; y mis padres expiraron a las tres horas de enfermar aquella fatídica noche del veinticinco de noviembre de 1854 en el brote de cólera que asoló la ciudad y del que yo me salvé porque acababa de ingresar en el seminario.

De algún modo, me sentía maldito. De nada me valía saber que los accidentes existen, que la mortalidad infantil rondaba el cincuenta por ciento o que el incipiente alcantarillado de la ciudad, lejos de solventar los problemas de insalubridad, en ocasiones mezclaba el agua fecal con la potable, provocando miasmas casi imposibles de esquivar. La gente que me rodeó en mi niñez estaba muerta y yo estaba vivo. Por eso no dudé cuando me ofrecieron la posibilidad

de completar mis estudios en Roma, gracias a mi destacado expediente y a que mi benefactor, de quien seguía sin conocer su identidad, sufragaba los gastos de mi viaje.

No era una manera de encontrarme con Dios sino de huir de mi pasado, atestado de fantasmas, o más bien de espíritus que dominaban mis pesadillas. Debía redimir mi maldición, exorcizar ese halo fatal que me fustigaba. Así la protegería. Imaginaba que si ella se enamoraba de mí, también moriría. Claro que ese pensamiento no dejaba de ser una ilusión. ¿Cómo iba Lucía a fijarse en alguien de mi condición, que además se preparaba para ser sacerdote? Ella, tan distinguida, perteneciente a una de las familias más adineradas de Logroño; ella, siempre ataviada con ropajes caros; ella, la encarnación del más espontáneo de los refinamientos... ella, con esa mirada tan sincera que nunca me hizo sentir inferior.

Lucía fue el motivo último por el que abandoné mi patria chica sin hacer ademán de despedirme de nadie, más allá de unos cuantos apretones de manos con algunos de mis profesores y mis compañeros de aulas, entre los que ya no se hallaba David, por haberse cansado de estudiar; si bien todavía coincidíamos a veces en cualquier frontón improvisado. ¿Se jugaría a pelota en Roma? Realmente, era una de las pocas cosas que iba a echar de menos. ¿Se bebería vino en Roma? Frente al Sotillo, en el carruaje con el que comenzaba a tomar distancia de mi ciudad y de mis tiempos mozos, la única pregunta que me martirizaba no tenía nada que ver con el vino o la pelota, sino con aquella quimera con nombre de mujer. ¿Me acompañaría el recuerdo de Lucía hasta Roma?

Hacía diecisiete años de aquello y, paseando por las calles semidesiertas tras el funeral de doña Jacinta, albergaba la sensación de que no había faltado más de una semana. De repente, todas aquellas remembranzas, aquellas emociones emergían del lugar en el que permanecían aletargadas desde entonces. Era cierto que, al contemplar Logroño

sin sus murallas, sentía que el aire la purificaba y me resultaba menos claustrofóbica. Pero, por otro lado, parecía distinta y debía adentrarme en sus rincones más recónditos para reconocerla. Al acercarme a la calle Laurel, ahora que se podía acceder por el Muro de las Escuelas, pensé que quizás no fuese tan mala idea tomar un par de vinos con David y dejar que me pusiera al día de lo acontecido durante mi ausencia.

Al verme entrar en su panadería no disimuló su sorpresa. Apartó las manos de la masa y, aún embadurnado de harina, me llevó al Blanco y Negro, una taberna de reciente apertura colindante a su negocio, donde pidió «vino del bueno, que la ocasión lo merece».

—Si te soy sincero, no esperaba que un gerifalte de Roma se dignase compartir la barra de un garito con un humilde panadero.

—No soy ningún gerifalte. Solo soy un viejo amigo.

—Pues hasta aquí han llegado rumores de que mandas mucho.

—Si las noticias se tergiversan de una persona a otra, imagínate los rumores cuando tienen que recorrer dos mil kilómetros —reí.

—Está bien, está bien. No necesito que me des explicaciones si no quieres. Veo que hay algo que no ha cambiado: sigues parco en palabras. Con todo lo que sabías entonces, joder. No puedo ni imaginarme lo que guardas en esa mollera ahora.

Me encontraba cómodo. Hacía demasiado tiempo que nadie me hablaba con esa inocente campechanía. Y he de reconocer que el primer vaso de vino recorrió enseguida mi gaznate.

—No sé si la ciudad ha mejorado, pero es cierto que el vino no tiene nada que ver —comenté, tratando de desviar la conversación desde Roma a Logroño.

—La ciudad ha mejorado. Ya está más poblada. Hay más comercios, llega el ferrocarril y los faroles no son de